

José María Plaza



LAS HISTORIAS DE  
TERROR  
DEL LIBRO ROJO DE DAVID

edebé

LAS HISTORIAS DE  
TERROR  
DEL LIBRO ROJO DE DAVID

LAS HISTORIAS DE  
TERROR  
DEL LIBRO ROJO DE DAVID

JOSÉ MARÍA PLAZA

**edebé**

© del texto, José María Plaza, 2011

Proyecto y dirección: EDEBÉ

© Ed. castellana: edebé, 2011

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Diseño:* Els Altres

© *Ilustraciones:* Medusa Dollmaker

1.<sup>a</sup> edición, octubre 2011

ISBN 978-84-683-0298-0

Depósito Legal: B. 23956-2011

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*«Si yo soy ese que está ahí afuera...,  
¿quién soy yo?»*

## *Índice*

### PRÓLOGO

1. La fotografía .....	13
2. El regalo .....	45
3. La casa de la abuela .....	55
4. El pueblo del silencio .....	69
5. La gata .....	93
6. Envejeciendo .....	113
7. La cita .....	125
8. El bosque .....	139
9. La prueba .....	165
10. Tatuaje .....	183
9. El escondite .....	219
8. El estuche .....	229
7. El encuentro .....	249
6. Voces .....	265
5. Garras .....	279
4. S.A. ....	303
3. El órgano .....	313
2. Un MP3 para tres .....	325
1. El marco .....	341

# Prólogo

El nombre de David, que se incluye en el título de este libro, es un personaje de *Los Sin Miedo*, una serie de novelas de misterio y aventuras en escenarios de terror, protagonizadas por una pandilla de amigos y escritas por José María Plaza.

Para construir a este personaje, el autor se basó en una persona real y del mismo nombre, que él conoce bien. Y por eso ha sido el propio David quien en primer lugar nos ha dado información de la obra que ahora tienes en las manos.

La primera referencia la localizamos en el volumen 7 de la serie, titulado *Al final de la Costa de la Muerte*. En esas páginas David, desencantado de los videojuegos, encuentra, en casa de su abuelo, un libro olvidado, cuyo título ya nos da una idea de su contenido: *Historias de Terror*.

Así de sencillo, rotundo y definitivo.

Y David, que nunca fue un gran lector (ese mérito se lo dejaba a su amiga Cristina), comienza a aficionarse a estas historias de terror, que lee una y otra vez, y otra vez más, para desesperación de sus amigos Álvaro, Belén y Cristina, la pandilla de Los Sin Miedo, que tienen que escuchárselas justo y precisamente en esas situaciones delicadas en las que alguna amenaza se cierne sobre ellos.

Es entonces cuando David interviene, siempre con la misma fórmula: «Esto me recuerda la historia de terror en la que...». Y siempre sus amigos, enfadados, le responden: «¡Cállate!», pero David, que es, de natural, entusiasta y exagerado, ignora las recomendaciones y comienza a contarles esa historia de terror concreta que, si ya da miedo leerla en tu casa por la noche, es mucho peor escucharla en uno de esos momentos peligrosos en los que normalmente se ven envueltos Los Sin Miedo, muy a su pesar.

Algunos lectores, muy fans de la serie, se adentraron en las páginas de *Al final de la Costa de la Muerte* y de *Luces negras en la Montaña Sagrada* y fueron ellos los que nos pidieron que publicásemos las historias de terror del libro de David.

Tuvimos nuestras dudas sobre esta petición, ya que, a diferencia de las aventuras de Los Sin Miedo (donde todo lo que sucede es algo que le puede pasar a cualquier lector), estas historias de terror son, digamos, bastante más *gores*, fantásticas, inquietantes y hasta sangrientas, con muertes incluidas. Hay finales felices o esperanzados, no lo negamos, pero no suele ser la tónica general.

Un detalle significativo de ello es que el libro original contiene seis relatos más, que aquí no hemos incluido. No porque tengan escenas tipo *La matanza de Texas* o *El amanecer de los muertos*, películas de enorme éxito y aún con más vísceras y sangre, sino porque son historias que nos dejan una sensación de desamparo, amenaza e intranquilidad.

Así que, queridos lectores, quedáis advertidos del contenido de este misterioso libro. Se ha cambiado el tí-

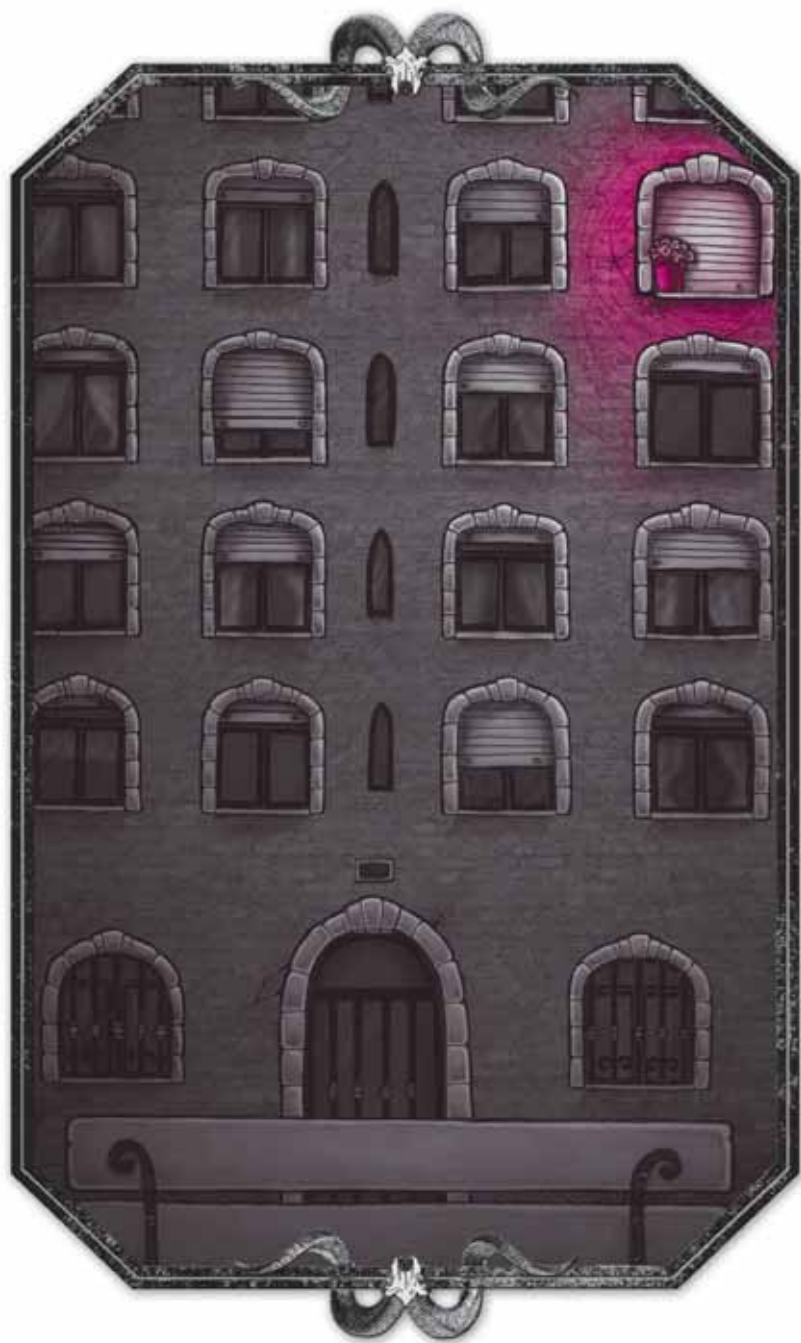


tulo original, el simple *Historias de Terror*, por el que figura en la portada con el fin de que lo puedan reconocer, y hacer suyo, los lectores de la serie *Los Sin Miedo*.

También es necesario señalar, y así nos lo ha comentado el propio autor, que José María Plaza ha abordado estas historias con enorme libertad creativa: unificando el estilo, situando los argumentos en escenarios reconocibles y cercanos y, sobre todo, actualizando los temas, como se aprecia, por ejemplo, en la historia de ese MP3 asesino.

Firmado: Los editores

P.D. Ya sabéis que los relatos de terror suelen leerse en solitario y por la noche. No estamos seguros de que esa sea la mejor fórmula para este libro.





## *La fotografía*

Lo que quiero contar es algo que no he contado a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo. Sé que debería hacerlo, porque no puedo aguantar dentro de mí esta historia, tan absurda y, sin embargo, real, que amenaza con volverme loco. Sólo la conoce parcialmente Andrés, uno de mis compañeros de piso, y no le quedó más remedio porque fue testigo, a su pesar, del último hecho, tan inexplicable como macabro.

Aún no lo puedo creer.

Pero será mejor que comience presentándome. Me llamo... En realidad, qué más da cómo me llamo; pongamos que mi nombre sea Alberto. Alberto a secas. Estoy estudiando primer curso de Arquitectura y vivo con dos compañeros en un piso grande y viejo de Sarriá, por encima de la Diagonal.

Hasta ahí, todo normal. Llevo dos meses en Barcelona y, si alguien me pregunta por qué decidí estudiar aquí en lugar de en Madrid, que es mi ciudad, diré que fue por una simple cuestión aritmética: me faltaban unas décimas de nota media para entrar en la Universidad

Complutense. No me importó. Ya tenía edad para dejar la casa paterna y vivir por mi cuenta con los amigos, una experiencia que siempre creí necesario conocer.

El caso es que me vine a Barcelona con tres maletas llenas. Entre los trastos que traje me encontré —fue toda una sorpresa— una cámara vieja, que hacía casi seis años que no veía. Realmente la perdí el mismo día en que me la regalaron.

No me preocupó porque era uno de esos trastos desechables que hay que tirar nada más usar el carrete, pero ese carrete sólo estaba preparado para una foto, y aunque fuese muy especial, como nos recordó el vendedor, una foto es sólo una foto, nada más. ¡Un fraude!

Me acuerdo bien cómo llegó a mis manos.

### *La prehistoria*

Fue uno de esos días escolares en los que merece la pena ir al colegio.

Los profesores habían planeado una visita al Museo del Prado, algo que no nos entusiasmaba, pero era mejor que las clases de matemáticas y lengua. El autobús nos dejó en la Plaza de Neptuno, donde hacía ya varios años que el Atlético no celebraba ninguna copa, y el conductor dijo que nos recogería a la una en punto. Teníamos más de tres horas para recorrer la historia de la pintura, pero, por no sé qué razones, ese día el museo estaba cerrado.

De repente, los profesores se encontraron con sesenta niños alborotadores lejos del colegio y con la obligación

de ocuparse de ellos toda la mañana. ¿Qué hacer? No habían previsto nada, pero supieron improvisar sobre la marcha y nos propusieron tres planes para que cada uno de nosotros se apuntara al que más le apeteciera. Por una vez, nos daban la posibilidad de elegir.

Así que unos se fueron a ver la casa de Lope de Vega, y luego descansarían en el McDonald's de la glorieta de Atocha; otros decidieron visitar el Jardín Botánico, que tiene miles de plantas diferentes; y los demás nos acercamos al Mercado Puerta de Toledo, donde se celebraban unas jornadas de esoterismo, magia y ciencias ocultas, algo a lo que era muy aficionada —nos enteramos entonces— la profesora de lengua.

—Yo quiero que me lean la mano.

—Y yo, que me echen las cartas.

—¿Me podrán decir quién será mi novio?

—Pues yo quiero saber cuándo me voy a hacer famoso.

Como se puede imaginar, todos íbamos muy ilusionados y con grandes expectativas, que no pudieron cumplirse en cuanto nos enteramos de que cobraban por adivinarte el futuro. Y como no había marcapáginas, ni libretas, ni bolígrafos, ni folletos gratis, como en la Feria del Libro, nos desencantamos de aquella visita y creo que no hubo ninguno de nosotros que no envidiara a los voluntarios del McDonald's o incluso a los del Jardín Botánico.

La profesora, que notó nuestra decepción, decidió cambiar de plan y supo sugerir algo más de acuerdo con nuestros gustos.

—Chicos, como aquí no hay nada que os interese,

¿qué os parece si vamos a curiosear en los puestos y tenderetes de la plaza de ahí al lado?

—¡El Rastro! —dijo Reina, que conocía mejor que nosotros el centro de la ciudad.

—Bueno, el Rastro llega hasta ahí los domingos y viene tanta gente que no se puede dar un paso; pero un martes, como hoy, está prácticamente vacío y los puestos son más interesantes, ya veréis.

Salimos por la puerta trasera del edificio para desembocar en una especie de plaza casi desierta. Sólo divisamos seis puestos, tres llenos de libros y revistas viejas, y otros tres con objetos muy diversos e inesperados, todos muy antiguos.

Nos acercamos a uno de ellos, cuyo dueño llevaba una gorra de marinero y parecía extranjero. A la profesora le llamó la atención una fotografía del Puente de San Carlos, el puente más visitado de Europa, según nos recordó el primer día de clase, ya que acababa de llegar de un viaje a Praga.

—¡Es magnífica! —dijo, tomándola entre las manos como si fuera un espejo—. La miro y parece que estoy en Praga entre los turistas.

—¿Conoce la ciudad?

—¡Oh, sí!, estuve este verano con dos amigas y me gustaría volver. Nos faltaron días para recorrérsela bien.

—¿Estuvo en la calle de los alquimistas?

—Hummm. No recuerdo —se quedó pensativa—. ¿Cae cerca de la calle de los enanos? Aquel lugar sí que me impresionó. Había que pagar para entrar, pero mereció la pena ver aquellas casas que parecían sacadas de un cuento de hadas.

*La fotografía*

—Si hubiese estado en la calle de los alquimistas, la recordaría, seguro. Yo nací en ella.

—¿Ah, sí?, ¡qué interesante! La próxima vez me pasaré por allí.

—Quizás nos veamos entonces —dijo el checo—. Quiero volver a mi tierra. Estoy desprendiéndome de mis últimos trastos.

—¿Cuánto cuesta esta fotografía?

A la profesora le pareció muy elevado el precio que le pidió el vendedor, quien se justificó diciéndole que era una imagen irrepetible.

—Pero es exagerado pagar trescientos euros. Ni que fuera un Picasso.

Como si le quemara en las manos, la profesora devolvió la fotografía, y cuando ya se iba a dar media vuelta, el checo le hizo una oferta tentadora.

—Creo que esa imagen está destinada a vivir con usted. Lo acabo de notar. No tengo más remedio que ofrecérsela. Si se la lleva y la cuida bien, y prométame que lo va a hacer, se la dejo por la mitad de precio y además le regalo una cámara de estas a cada uno de sus tres hijos...

—¿Hijos? —se ruborizó—. No son mis hijos, son mis alumnos. Y no son tres, allí hay otros dos más.

—¿Cinco? —pensó rápidamente el vendedor—. Sólo tengo cuatro cámaras desechables, pero... —y me miró a mí, que estaba observando fijamente lo que tenía delante— a ti te puedo regalar esta cámara, que es especial...

—¿Como la fotografía del puente?

—Sí, igual que esa foto —dijo el checo, y me sonrió, como si yo supiera (que no lo sabía) lo que quería decir.

Aquel regalo de cámaras gratuitas fue un argumento decisivo que convenció a la profesora.

Compró su fotografía del Puente de San Carlos y luego repartió las cámaras entre todos nosotros. Nos las regaló, pero puso una condición.

—Ya que estamos en horario de clase, y para no perder el día, os propongo que disparéis todas las fotos que hay en el carrete, las llevéis a clase y, con las mejores, hacemos una exposición en el pasillo. ¿Qué os parece?

La idea nos gustaba a todos, pero Valdés, que siempre busca sacar partido de las situaciones, aprovechó la circunstancia para hacer una propuesta que también era del agrado de los demás.

—Vale, pero ¿nos subirá la nota a los que hagamos las mejores fotos?

—Está bien —y antes de despedirse, preguntó al checo—: ¿Cuántas fotos hay en cada carrete?

—Nunca se sabe. Creo que varían; depende de los centímetros de película que hayan colocado dentro. Únicamente estoy seguro —y me señaló— de que esa cámara tiene una foto, sólo una foto, pero es una imagen de tal densidad que ningún aparato de hoy es capaz de imitar.

—¿Sólo una? —me quejé.

—Ya te he dicho que es muy especial. Si no la quieres... —me dijo, y luego suspiró—. ¡Quizás me he precipitado al entregártela!

Ante esta amenaza, aumentaron mis ganas de tener ese objeto conmigo y, agarrándolo fuertemente con las dos manos, comenté:

—Es mía, es mía. La quiero. Yo voy a ser fotógrafo.



## *La fotografía*

Entonces aún no sabía que me decidiría por estudiar Arquitectura.

La profesora se despidió del vendedor y se sentó a tomar un café mientras mis compañeros se movían por aquellas callejuelas sacando fotos y yo seguía hablando con el vendedor. No tenía ninguna prisa. Había decidido no participar en el concurso, que me parecía profundamente injusto conmigo.

Cuando llegué a casa, guardé la cámara en algún lugar que ya no recuerdo y no volví a saber de ella hasta mi traslado a Barcelona, adonde llegó inesperadamente en una de las maletas, como si fuese un polizón.

## *La fascinación del póster*

Casi seis años después volví a recuperar la cámara; la miré y fue como si la viese por primera vez. Entonces me di cuenta.

En ese momento, entró Andrés, un compañero de piso.

—¿Y ese trasto? —dijo al verme con ella en la mano, y me la arrebató antes de que le contestara—. ¡Cómo mola esta antigualla! A ver, sonríe, que te saco una foto.

—¡Nooooooo! —grité y alargué el brazo.

La cámara saltó por los aires y cayó al suelo con tal estruendo que subió el vecino de abajo.

A pesar del golpe, la máquina, que era de hierro, no se estropeó.

—¡No te pongas así por una foto de nada! —se justificó.

Le dije que era una cámara muy especial, que sólo tenía una foto, lo que le pareció tan absurdo que me vi obligado a añadir que era checa, como si aquella referencia geográfica fuese toda una explicación racional.

Mi amigo sólo acertó a decir:

—¡Están locos estos checos!

Me quedé pensativo, abrazando aquel aparato, al tiempo que mi cabeza pensaba por su cuenta, y de pronto me oí a mí mismo balbuciendo:

—Me dijeron que es una cámara muy especial. ¿En qué puede ser especial?

—Ni idea, pero disponer de una única foto es un marrón. ¡Menuda responsabilidad! —me miró, entre risas, y añadió—: ¿Ya has pensado a quién vas a fotografiar? Si tuvieras novia, ya sé qué es lo que sacarías, pero así...

Nunca me había planteado que fuese tan importante elegir una foto.

Tenía una cámara digital de bolsillo y estaba acostumbrado a disparar cientos de instantáneas casi sin pensar. De repente, esas facilidades me desaparecían. Era como si Velázquez, ante un lienzo enorme, se preguntara: «¿A qué voy a dedicarme el próximo año, a pintar el Jardín del Buen Retiro, a hacer otro retrato a caballo del pesadísimo monarca o me decido por una escena desenfadada con las infantas, su perro y un enano?»

A mí me sucedía lo mismo.

Durante varios días estuve dando vueltas por Barcelona con la pesada cámara en la mochila. Disparé muchísimas fotos, pero siempre con la digital, sin encontrar un rincón que mereciera la pena inmortalizarse en un formato único.

Cansado de tantas vueltas, me senté en un banco y, al alzar la vista, contemplé un edificio que posiblemente habría visto alguna vez, pero era como si lo acabasen de construir para mí. Fue un descubrimiento.

Lo curioso es que no tenía nada que pudiese llamar la atención: era una casa de diez plantas con nueve ventanas —exactamente iguales— en cada piso. Incluso las persianas se repetían.

Automáticamente me levanté del banco:

—¡Esta es la foto!

Cualquier observador ajeno diría que estaba loco o que el cerebro se me había bloqueado de tanto buscar la imagen de mi vida. Puede ser. Quiero añadir, sin embargo, que un estudiante de Arquitectura mira los edificios con ojos distintos a los demás mortales.

Tampoco sé muy bien lo que me movió a disparar mi única foto delante de aquella mole de cemento y ladrillos rojos.

Quizás se debió —y esto lo pensé después— a que, cuando estaba sentado en el banco, sentí el latido profundo del edificio, lo imaginé como un ser vivo que albergaba en su seno otras muchas vidas y eso se percibía al estar delante muy concentrado.

Algo complicado, lo reconozco.

Posiblemente empezaba a desvariar.

El caso es que al fin saqué aquella foto tan inesperada.

No estaba seguro de que quedara grabada con nitidez en la película después de tantos años de olvido. La llevé a una tienda, donde me dijeron que ese tipo de carretes ya no se trabajaban en España, y tras consultar en Internet, me informaron de que sólo había dos laboratorios en el

mundo que lo podrían hacer, uno en Londres y otro en Praga, pero que tardarían dos semanas al menos y el precio de la imagen sería superior a una Canon digital semiprofesional.

—No importa —dije, sin pensarlo, y añadí—: ¡Que me lo hagan a tamaño póster!

Estaba loco, pero fue un impulso. Era como si alguien hablase dentro de mí.

Al cabo de quince días ya tenía la enorme foto y, dado lo que me había costado, la coloqué en la mejor pared de mi habitación.

Como si fuese una pintura del Museo del Prado, la adorné con un marco antiguo que había en la casa y que era ligeramente más grande. La imagen llamaba la atención de los que pasaban por nuestro piso. Todos querían ver esa foto revelada en Praga que había sacado con una cámara antigua y desechable.

—¿Has pensado en dedicarte a la fotografía? —se interesó una compañera de Andrés, pero mi amigo se me adelantó en la respuesta.

—¡Si vieses las fotos que le salen con la digital, no lo preguntarías!

A todos los visitantes les sorprendía el realismo que desprendía. No es que reprodujera con gran exactitud lo mirado, que es lo propio de cualquier fotografía mediocre, sino que, ante aquella imagen, el espectador tenía la sensación de que el edificio estaba allí mismo. Era como si lo hubieran metido dentro del póster. Casi se le oía respirar. Algo que yo había sentido, pero que llegué a pensar que tan sólo era una obsesión.

—No necesito ir a esa calle para conocer el edificio

—repitió un amigo—. Es como si estuviera delante. Parece que está aquí entre nosotros. ¡Uff!

—¿Os habéis dado cuenta de que más allá de esas ventanas hay gente real con su propia vida?

—¡Tiene tanto detalle esta foto! Yo he visto a quince personas detrás.

—¿Quince? Yo ayer conté veinte.

—¿Eh?

—Alguno de los dos se ha equivocado. ¡Veamos!

—Nos equivocamos los dos: hay dieciocho.

—Lo que más me llama la atención es que esta foto, según la luz que le dé, tiene una claridad distinta. ¿No lo habéis notado?

—Si tú ayer la viste a esta misma hora...

—Es cierto, pero habría otra fuente de iluminación o alguien habría abierto la ventana, porque se veía diferente. Ahora parece que la tomaste cuando la calle estaba nublada.

Las conversaciones de este tipo no eran infrecuentes.

Posiblemente un pequeño misterio, o una anécdota sin explicar, abre la puerta a otro misterio mayor, y luego a otro, y al final uno queda enredado en un mundo que no comprende y le supera.

Eso debía de pasarnos a nosotros delante de aquella foto.

Desde ese día, mi cuarto se había convertido en el punto de reunión. Al principio me agradaba, pero me llegó a cansar, y la foto, o más exactamente, el edificio se convirtió en objeto de entretenimiento y juego, como si fuese un libro de Wally o «Encuentra las siete diferencias».

—A ver, a simple vista, ¿cuántas ventanas hay abiertas?

—Veintidós —contesté.

—Eso no vale —intervino Andrés—. Tú estuviste ayer aquí con tu gente de clase y las contasteis, lo sé.

—Pues os equivocasteis, porque hay veintinueve.

—¿Quééééé?

No me podía haber equivocado en tantos números, pero tenía razón. Nunca acertábamos. Esos juegos de entretenimiento no eran tan simples como los que suelen aparecer en las revistas.

Aquella fotografía, igual que si fuese un espejismo, nos engañaba a todos.

Y no era magia, como pensé un día en clase, sino que sencillamente debía de estar rebelada y positivada con una técnica sofisticada, como la de esos libros que colocan varias imágenes en un mismo lugar pero que, dependiendo del ángulo de la luz, ves una u otra. Yo tuve un álbum parecido cuando era niño. Recuerdo que era la cara de un payaso, que estaba triste o alegre, según desde dónde lo miraras.

Aquí no era tan simple, porque las posibilidades se multiplicaban, pero pensé que habría alguna técnica muy avanzada que desconocíamos.

Lo más grave del asunto era que esa fotografía se había convertido también en el centro de mi vida: ejercía una fascinación que escapaba a mi control. No podía dejar de mirarla cuando estaba en mi cuarto, lo mismo que sucede ante una mujer hermosa.

Trataba de imaginarme la vida de las personas que habitaban en el edificio, y a veces tenía la sensación de

que era yo el que vivía allí. Era todo un hallazgo. Nunca supuse que la realidad virtual la pudiera producir una fotografía. Aquella casa de noventa ventanas me parecía más real que mi propia casa.

—¡Ahora entiendo a la profesora de lengua! —me dije.

Hacía años que no pensaba en ella. De repente se me apareció la escena en la que ella estaba contemplando la imagen del puente de San Carlos y se sintió transportada a Praga.

A mí me sucedía algo similar.

Y todavía más sorprendente era que, cuando acudía a la calle donde disparé la cámara —a veinte minutos de nuestro piso— y observaba el lugar, tenía la sensación de que me encontraba en mi cuarto delante del póster.

Los espacios se comunicaban.

La atracción de la foto o del edificio —ya no podía distinguirlos— me había superado. Me estaba llevando demasiado lejos.

Una tarde llegué al piso y, al entrar en mi habitación, me sentí invadido por un olor dulzón a flores concentradas.

—Andrés —corrí a buscar a mi compañero de piso—, ¿ha venido alguien a verme?

—¿Qué?

—¿No ha estado ninguna chica en mi habitación?

—¿Qué más quisieras! —y se rio—. ¿Ya estás soñando otra vez?

—No, que te hablo en serio, en serio... Mira —le dije antes de abrir la puerta, y le empujé dentro—. ¿No hueles a perfume de mujer?

—¿Quéee? ¿Qué dices? Aquí huele... —y miró los

calcetines tirados por el suelo—. ¿Seguro que estás bien?

Bajé la cabeza y acompañé a Andrés a la cocina. Yo también necesitaba tomar algo sólido. Estaba demasiado débil y empezaba a delirar. El fuerte olor a flores había desaparecido de repente o quizás me lo había inventado.

Aquella noche me propuse cambiar, pero fue imposible. A la mañana siguiente volví a ser el mismo.

### *El descubrimiento de ella*

Ya no era libre de mis actos. Había adoptado una rutina: salía de nuestro piso, llegaba hasta la calle que tan bien conocía y me sentaba siempre en el mismo banco.

Un día estaba fijándome atentamente en la casa de mi fotografía cuando se me acercó una chica algo menor que yo.

—¿Tienes algún amigo ahí?

—¡Eh..! —me sorprendió que me hablara así de repente.

La miré.

—¡Ahí! —repitió, y señaló enfrente.

—Pues... no. ¿Por qué lo preguntas?

—Te he visto varios días sentado aquí, como si estuvieras esperando a alguien.

—No, no, no... No espero a nadie. ¿Tan raro parece lo que hago?

—Depende. Si no esperas a nadie y estás aquí observando tan atentamente y tantos días ya, debes de ser un detective privado, aunque no muy bueno.



—Te equivocas. Soy arquitecto —mentí ligeramente, y luego me corregí—. Bueno, estoy estudiando Arquitectura, pero ya me queda poco para acabar.

—Ah, ahora lo entiendo —dijo la joven, lo pensó mejor, y preguntó—: En realidad no entiendo nada. ¿Cómo te puede gustar un edificio como este, que parece una colmena, y todas las ventanas son igual de aburridas?

—Es que... —ahí me atasqué, pero antes de que reconociera mi derrota, me llegó una idea brillante— es un ejercicio de clase. El profesor nos obliga a estudiar edificios horribles, esos que son un fraude a la arquitectura, para que aprendamos y no cometamos los mismos errores.

—Hummm. Es un buen método. Nunca se me hubiese ocurrido. Pero tampoco es un edificio tan horrible. En Barcelona hay muchos que son peores que este —dijo espontáneamente, y lanzó un suspiro al que entonces no le di importancia—. ¡Al menos, por fuera!

—Ya, pero tenía que elegir uno —la joven me observaba con atención, como si le importaran mis palabras—. ¿También tú vas a estudiar Arquitectura?

Una vez vencida su desconfianza, era el momento de actuar: había que atacar antes de que aquella chica, tan guapa, me dijera adiós y se diera media vuelta.

—No lo sé. No sé qué va a ser de mí el próximo año.

—No te preocupes, yo también tenía muchas dudas. No me decidí a elegir la carrera hasta una semana antes de que acabara el plazo. Es normal. Nos pasa a casi todos.

—No es eso. No es eso... —se quedó pensativa, y suspiró otra vez—. Casi no sé quién soy...

—¿Qué?

—Nada. Mi vida es demasiado complicada.

—Eres joven y guapa y lista. Yo no te veo un futuro tan negro.

Traté de animarla, pero ella ya no me escuchaba. Era como si estuviera en otra parte. Lo noté por su mirada, lejana y triste. Le ocurría algo. Quise ayudarla. Hacía más de un año que no me interesaba ninguna chica, y de pronto me había quedado enamorado de una desconocida con quien apenas había hablado tres minutos.

Alarmado ante la posibilidad de no volver a verla, fui más osado de lo habitual.

—¿Nos vemos mañana? ¿Qué te parece si vamos al cine o a dar una vuelta por las Ramblas?

Y mientras lo decía, me daba cuenta de que las Ramblas están invadidas por turistas y es el peor lugar del mundo para una primera cita.

—No puedo quedar con nadie. Ya te he dicho que mi vida es muy complicada. Pero —y sonrió— si sigues siendo tan aficionado a este banco, bajaré cuando pueda y charlaremos un poco, si te parece. Desde mi habitación se te distingue perfectamente. Mira —y me señaló—, es aquella ventana que tiene la persiana levantada y una maceta de flores blancas, como si fuesen campanillas. Forman parte de mí. ¿Las ves? Cuenta, la cuarta por la izquierda del quinto piso.

—¡Ah!

No pude añadir mucho más. No tuve tiempo. Sin decir adiós, la joven misteriosa cruzó la calle entre los coches en marcha y cuando dejaron de pasar los vehículos ya no la vi en la acera de enfrente.

—¡Se habrá ido a casa! —suspiré tristemente, y era

una tristeza que no sentía por mí, sino por ella, a quien imaginé como un hermoso pájaro que había olvidado volar.

En cuanto entré en mi habitación, lo primero que hice fue mirar atentamente la fotografía del edificio.

Conté cuatro ventanas, empezando por la izquierda, del quinto piso y descubrí que la persiana estaba bajada hasta la mitad. Me sorprendió no hallar su maceta de flores blancas, pero ese era un detalle insignificante.

—La colocaría después de que yo sacase la foto.

Intenté mirar dentro de la ventana y busqué una lupa mientras albergaba la idea de que ella hubiese estado en su cuarto el día de la foto, quizás mirando hacia fuera, como si buscara a alguien. Y quise creer que, si sucedía, aquello sería una señal que hablaba sobre la predestinación y nuestros destinos cruzados, algo que empezaba a ilusionarme.

Tras la ventana no apareció la chica, de la que ni siquiera conocía aún su nombre. Sólo se veía algo indefinible envuelto en una sombra.

—¡Vaya! —suspiré, contrariado.

Sin dejar de mirar la pared, me tumbé en la cama y entonces me dio la impresión de que el póster había cambiado, lo cual era cierto, pues al conocer a uno de sus habitantes —y enamorarme, además— había variado la percepción de esa casa, que desde ese instante, y ya para siempre, estaría habitada para mis ojos. Ya sabemos que «todo depende del color del cristal con que se mira».

Y mi vida, inesperadamente, tenía otra mirada.

*Los encuentros*

Supe que se llamaba Petunia, un nombre insólito, pero no para una chica tan especial que tenía una planta de flores blancas con forma de campana en la ventana. Me dijo su nombre el segundo día. Preferí no contarles a mis amigos mis encuentros con ella porque sabía que no lo entenderían. Tampoco entendía yo esa forma tan improvisada de vernos, pero me temo que era todo lo que me podía ofrecer, a su pesar. Notaba —y eso me animó— que yo le importaba.

Durante un tiempo, mi comportamiento se repitió matemáticamente: a media tarde llegaba hasta la altura del edificio y me sentaba a esperar tranquilamente a Petunia en el banco de enfrente.

La primera semana nos vimos todos los días, pero fueron unos encuentros breves, rápidos —siempre tenía prisa— y hasta contradictorios. A veces me repetía lo que ya me había comentado, o no se acordaba de algo que dijo que no olvidaría nunca, y aunque sus ojos azules no cambiaban, percibía, en ocasiones, unas miradas que no comprendía, como si no fuese ella.

Aquellos encuentros fugaces los vivía como preámbulos de una cita que no llegaba nunca.

—¡Petunia!

A la semana siguiente tuve la sensación de que ella había desaparecido o se había olvidado de mí.

No nos vimos ni el lunes ni el martes ni el miércoles.

El jueves se me acercó al atardecer, cuando estaba a punto de marcharme. La noté asustadiza. Movía la cabeza hacia todos los lados, como si alguien la estuviera

vigilando. Teníamos tantas cosas que decirnos que no sabía por dónde empezar. Necesitábamos estar varios días seguidos hablando tranquilamente, pero ese no era el día. Se la notaba más nerviosa que esas otras veces en las que tan sólo estaba inquieta o preocupada.

Ni siquiera se sentó.

Me miró a los ojos, como si me viese por primera vez, alargó su cuello y me dio un beso muy cerca de los labios, al tiempo que me decía, como si fuese un suspiro:

—¡Te quiero!

Sin esperar respuesta, pisó con fuerza la acera y cruzó entre los coches de la calle. Se esfumó de pronto como si nunca hubiera estado, como si hubiese sido una aparición.

—¡Petunia!

No era ninguna aparición.

Lo sabía y lo comprobé en el espejo de mi cuarto al descubrir un brillo rosado en la parte superior de mi labio. Lo estaba contemplando cuando entró Andrés.

—¿No me digas que hay alguna chica tan desesperada que se ha animado a besarte?

Fue todo su saludo.

—Bueno, al menos por mí se interesa alguien.

A pesar de lo diferentes que éramos, quise compartir con mi amigo la historia tan extraña —y maravillosa— que estaba viviendo. Necesitaba un consejo y no tenía cerca a nadie más. No me interesaba su opinión sobre Petunia, ya que sin conocerla era imposible juzgarla, pero quería saber si mi comportamiento era más o menos normal, dado lo extraordinario del caso, o estaba actuando como un enfermo grave.

—Parece una pérdida de tiempo, pero si tú estás a gusto y te sienta bien, ¿por qué vas a cambiar?

Me sorprendieron las palabras de Andrés y realmente me ayudaron; no por lo que decían en sí, sino por no considerar que no era demasiado anómala aquella situación y que, por lo tanto, no caminaba hacia el delirio o la locura.

—Mira —le dije, señalando la pared—. Esta es la ventana de su habitación. La persiana está... Humm, creí que estaba un poco más cerrada. El otro día la vi hasta la mitad, pero tampoco la medí exactamente.

Mi amigo no pudo mirar porque llamaron a la puerta.

Al día siguiente me dirigí más animado hacia el eterno banco. Tenía la cabeza llena de proyectos y estaba dispuesto a hablar con Petunia y ayudarla a cambiar su vida por muy complicada que fuese. Ya había tomado una decisión: la había elegido a ella y me sentía con fuerzas para luchar.

No apareció en toda la tarde. Lo mismo sucedió al día siguiente, y al siguiente... Así estuve una semana entera.

—¡No puede ser!

Tantas horas esperándola —tantas tardes perdidas— habían dejado una huella nefasta en los trabajos de la universidad. Debía hacer algo. Tuve que apresurar mi ritmo, dormir menos y anular mis visitas a aquel banco, que se habían convertido en una costumbre cotidiana.

Tres días después, cuando logré acabar el trabajo más importante, me sentí dichoso y tan ligero como una nube. Me había esforzado y lo había conseguido. ¿Qué premio podía concederme?

En mi cabeza sólo había una imagen: ella.

Así que, a pesar de la hora, intenté dirigirme hacia

aquella casa, cuya foto no había dejado de contemplar en mis días de encierro y trabajo. Empezaba a oscurecer. Aceleré el paso, nervioso, ansioso. El corazón se me enredaba como si anduviera loco y algo me hacía presentir que ese era el día en el que iba a volver a verla.

Casi correteé.

Al acercarme al banco y verlo tan solitario sufrí una pequeña decepción; no tanto porque ella no estuviera, sino porque no me podía fiar de mis propias corazoadas.

Me senté, triste, pesadamente.

Cuando ya me había resignado a que no bajara, noté una rugosidad al apoyar mi mano en la madera. Miré y tuve que volver a mirar, y tocar, para creer lo que tenía delante de los ojos: un corazón atravesado por una flecha, con una «P» en la parte de abajo, y en la de arriba, mi nombre, que no es Alberto; pero ya hemos quedado en que prefiero quedar en el anonimato.

Aquella visión me deslumbró y turbó. Ya sé que es demasiado infantil, pero a mí me pareció algo tan maravilloso como si hubiese encontrado un tesoro.

El dibujo me decía que ella había estado allí, pero ¿cuándo?, ¿a qué hora?, ¿cuánto tiempo se quedó esperándome?, ¿qué pudo pensar al no verme?

Cada nueva pregunta era como un latigazo que me lastimaba un poco más.

Permanecí en el banco hasta medianoche, mirando atentamente la ventana de la planta de flores blancas: la persiana estaba bajada más de la mitad, y por ese hueco no percibí luz o penumbra en ningún momento.

Nada más entrar en casa, me dirigí directamente a mi

habitación. Sin comer ni hablar con nadie, me lancé a la cama, como un bulto caído, e igual de inerte.

Cuando me di cuenta de mí mismo, estaba mirando otra vez la imagen de la pared.

—¡Eh! —suspiré.

Me acerqué hasta la fotografía ansioso y con temor al creer que había visto algo que era literalmente imposible.

Me fijé en la ventana de Petunia, cuya persiana se veía totalmente cerrada, cuando en la foto siempre había estado abierta hasta la mitad.

—¡No puede ser!

Toqué la imagen, como si creyese que el estado del papel tuviese algo que ver con aquella absurda percepción, conté y me fijé en la cuarta ventana del quinto piso.

—¡No puede ser! —repetí.

Llamé a mi compañero, al que hacía dos semanas le había mostrado la ventana de Petunia. Esta vez sí que creyó que me estaba volviendo loco y me aconsejó, como si fuese mi padre, que me dedicase a estudiar y me olvidara de todo lo demás.

### *Mensajes y manchas*

No fui a clase al día siguiente y me dirigí directamente a la casa que había fotografiado.

Al observarla, comprobé que la ventana de Petunia —la de las flores blancas— tenía la persiana totalmente cerrada, como en la última imagen de la foto que vi en mi cuarto.



Era una casualidad.

Me senté en el banco sin dejar de contemplarla, esperando que en algún momento se abriera, pero la persiana no se movió, como si no hubiese nadie dentro de aquella habitación.

Tenía hambre pero no me atrevía a irme. Cualquiera momento podía ser el momento de su llegada, y para entretenerme y darme ánimos empecé a jugar con el azar, esperando que fuese el destino el que resolviera mis problemas.

—¡Cuando vea seis coches amarillos, Petunia aparecerá!

No tuvieron que cruzar tantos coches amarillos, ya que al lado del corazón dibujado en el banco leí de pronto, y volví a leer veinte veces como si no lo entendiera, algo que me dejó confundido y, al mismo tiempo, tranquilo y ansioso.

Hoy a las 21h estaré aquí.

Era ella.

¡Era ella!

Pero ¿cuándo había escrito aquel mensaje si yo llevaba allí desde la primera hora de la mañana? Intenté imaginarme la escena. La veía escapándose de no sé de qué monstruo malvado y bajando en plena noche hasta el banco armada con un bolígrafo para dejar la nota.

—¿Qué me querrá decir?

Durante esa tarde, que empleé dando una vuelta por Barcelona, se pasaron por mi cabeza cientos de respuestas posibles: la mayoría eran positivas y me hacían sonreír y soñar.

—¡Se querrá fugar conmigo!

Cuando regresé al banco, aún quedaban cuarenta minutos para la hora fijada. Me senté. La persiana de su ventana seguía cerrada hasta el final. Esperé ansioso hasta las nueve. Empecé a impacientarme a las diez y a desesperarme a partir de la medianoche.

Dos horas después apareció Andrés, muy preocupado porque no había respondido a sus insistentes llamadas.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No me fue complicado adivinarlo.

—No lo entiendo —le conté—. No entiendo cuándo pudo escribir Petunia las palabras de la cita y no entiendo por qué no ha llegado. No entiendo lo de la ventana...

—Lo que yo no entiendo es por qué no tienes su teléfono. Hubiera sido todo más fácil.

—Nunca se me ocurrió pedírselo. Petunia no es de esas...

—¿De esas? —mi amigo alzó la voz—. Todas las chicas del mundo tienen móvil, esas son las chicas reales.

Creo que fue entonces cuando empezó a dudar de mi historia.

Aquella noche me desperté varias veces y al pisar el suelo ya no tenía claro cuál era la realidad y cuál era el sueño. Me sentía tan confuso y agotado que el cansancio me venció. Debí de dormir muy profundamente, hasta que...

—¡A desayunar!

Oí un grito desde la cocina. Antes de que reaccionara, entró Andrés en la habitación e intentó sacarme de la cama. Me costaba ponerme en pie.

—¿Qué pinta tienes! ¿Con quién te has estado peleando esta noche? —bromeó al verme con el pelo tan despeinado.

—¡Puff!

Hice un esfuerzo para saltar de la cama. Cuando abrí bien los ojos, lo primero que vi fue la imagen del edificio, que, de repente, había sido modificada.

—¿Qué habéis hecho? —corrí hacia la pared.

—¿Qué pasa? —dijo mi amigo.

—Mira —señalé—. ¿Quién ha pintado con un rotulador rojo ahí?

—Yo no, y Aurelio, seguro que tampoco. ¿Para qué va a hacerlo?

—¿Y esa mancha?

—¿Mancha? —y la miró—. No lo sé. Lo habrás hecho tú, no nos culpes a los demás. ¡Últimamente haces cosas muy raras!

Andrés había acertado. Traté de calmarme.

—No lo recuerdo. No tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido —dijo mi amigo, tocando la fotografía— es... ¡No! ¡No puede ser!

—¿Qué pasa? —me intranquilité ante su gesto de asco—. ¿Qué has visto?

—Esa mancha no huele a rotulador ni a tinta, sino a... —y olfateó al aire—. ¿A qué huele la sangre?

Abrí los ojos todo lo que pude.

—¡Sangre!... ¿Estás loco?

Me aproximé a la fotografía, pasé el dedo por la pequeña ventana de la imagen, y aquella mancha oscura me tiñó vagamente la piel de un color parecido al rojo oscuro, o quizás, al granate. El color de la sangre.

¿Qué estaba pasando?

No quería obsesionarme con la aparición de aquella mancha, un suceso que posiblemente tuviera una explicación muy simple, pero yo no la veía.

Sin más, acabé de vestirme, me olvidé del desayuno y salí de casa. Como si me guiase un piloto automático, corrí hacia la calle de Petunia.

Esta vez no me senté en el banco, ni siquiera reparé en él; me quedé en la misma acera y dirigí mis ojos hacia aquellas flores blancas que me anunciaban la habitación de ella.

No pude localizar la ventana a primer golpe de vista. La maceta había desaparecido, y no me quedó más remedio que contar.

La persiana del cuarto de Petunia estaba bajada hasta el final, aunque no se notaban manchas y mucho menos huellas de sangre. Era absurdo pensarlo, lo sé, pero la cabeza, cuando está muy desbordada, navega por latitudes inconcebibles.

Navega y a veces naufraga.

Yo no me podía hundir por algo tan irreal, como decían mis compañeros de piso.

Tenía que aceptar que Petunia se hubiese cambiado de casa. Posiblemente por eso estaba tan nerviosa los días anteriores. A ninguna joven le apetece irse a otra ciudad y empezar a hacer nuevas amistades.

Pero ¿por qué no me lo contó?

*Encerrado*

A partir de ese momento cambió mi vida o, más exactamente, la forma de emplear el tiempo.

Ya no permanecía las tardes enteras en el banco, mirando el edificio y esperando la aparición de Petunia, como un milagro. Ahora asistía a clase casi con normalidad, aunque mi vida seguía sin ser normal, y mantenía la costumbre de pasarme fugazmente por delante de la casa con la vaga esperanza de hallar alguna novedad en esa ventana que una vez tuvo flores blancas y que aún mostraba la persiana bajada hasta el fondo, como si estuviese deshabitada. Después iba a nuestro piso y me encerraba en mi habitación.

No tengo ya memoria de lo que hacía allí. Sólo sé que compré un cerrojo pequeño y lo coloqué en la puerta para que no me molestaran mis compañeros.

Tras estar un fin de semana sin salir ni siquiera al pasillo, Andrés se acercó una tarde y llamó, preocupado.

—Alberto, ¿estás ahí? ¿Estás bien?

Como no contestaba, insistió cada vez más alarmado. Cuando empezó a empujar la puerta, me levanté a abrirle.

Aún recuerdo su cara de asco al pisar la habitación.

—¿Tienes un gato muerto debajo de la cama?

—¿Qué?

—¿No lo has notado? —ante mi silencio, preguntó—: ¿Cómo lo puedes aguantar?

Seguía sin reaccionar. Andrés, conteniendo el aliento, cruzó rápidamente la habitación, abrió la ventana y res-

piró con más necesidad que placer.

—Aggghh. ¡Aire puro! ¿No has notado que aquí huele a podrido?

No lo notaba. Llevaba más de cuarenta y ocho horas encerrado, por lo que era insensible a cualquier olor que se hubiese ido produciendo lentamente.

Andrés me sacó la cabeza por la ventana para que me llenara de aire nuevo.

—¡Compara! ¿No hueles aquí a podrido?

—Quizás se me ha caído alguna manzana o una salchicha debajo de la cama... —y me agaché para mirar.

—Más bien parece el olor de un animal muerto.

—¿Como no sea una cucaracha? Esto no es un zoo.

—Imagínate que cuando crucé por delante de tu puerta me llegó un olor a podrido tan, tan..., que me puse a pensar en lo peor.

—¿Lo peor?

—Sí, pero estás vivo. ¡Menos mal! ¡Qué susto me has dado!

Abrimos de par en par para que se ventilara la habitación, fuimos a tomar algo a la cocina y volvimos para cerrar la ventana. Nos sentamos en la cama. Entonces Andrés empezó a hablarme de Nuria, una compañera con la que comenzaba a salir, y yo me acordé de Petunia. Para olvidarme de ella, sonreí y pregunté:

—¿Así que tienes novia?

—No, no es una novia. Simplemente salimos de vez en cuando y nos sentimos a gusto. Hacía tiempo que no me pasaba con nadie.

—¿Con nadie?

—Sí, ella es como un soplo de aire fresco... —al de-

finirla, respiró a fondo y percibió algo que yo también había notado—. ¡Aquí sigue oliendo a muerto!

Los dos empezamos a mirar muy detenidamente por toda la habitación: debajo de la cama, en el armario, entre el radiador, en el cajón de la mesa, entre los libros... Encontramos porquería, polvo y calcetines sueltos, pero nada que se estuviera pudriendo.

Ante este fracaso, mi amigo puso en marcha un plan de emergencia: cerró bien las contraventanas, apagó la luz del cuarto para concentrarnos mejor, y empezamos a olfatear el aire, uno desde la puerta y otro desde la ventana, en busca del origen de ese olor, cuyo rastro fuimos siguiendo en la oscuridad hasta que coincidimos en un mismo punto de la pared.

—¡Quédate ahí, no te muevas! —dije, corrí a encender la luz y vi a mi amigo con los ojos cerrados y un dedo pegado sobre el marco del póster apuntando hacia la foto.

—De aquí —dijo sin mirar—. El olor a podrido procede de aquí.

Al volver la cara y descubrir que estaba señalando una ventana con la persiana cerrada, se echó hacia atrás, como si hubiera visto un fantasma:

—¡Increíble! Ese olor a muerto procede precisamente de la ventana de tu amiga.

—¿Qué?

Lo había oído y le estaba viendo, pero necesitaba que me lo repitieran.

—Esa casualidad no me gusta nada —añadió.

—No seas supersticioso. Seguro que hay una cañería rota detrás.

Levanté la fotografía, pero la pared estaba perfectamente blanca. No había grietas sospechosas.

—¡Esta fotografía está hecha un asco! —comentó mi amigo, mientras seguía olfateando—. Deberías tirarla y poner ahí un póster de Natalie Portman.

Era incapaz de desprenderme de aquella imagen y deduje que el olor tan irritante se podría haber producido por la descomposición de algún ácido de los que se emplean para impresionar el papel de la fotografía, aunque era muy significativo que la zona podrida coincidiese exactamente con el cuarto de Petunia.

Dejé la ventana abierta.

—Han sido demasiadas emociones —dijo Andrés—. Estoy hambriento. ¿Preparamos algo?

—¡Vamos!

Después de cenar, Andrés y yo encendimos el televisor y nos quedamos medio dormidos en el sofá durante el telediario.

Cuando abrí los ojos, creí que aún estaba soñando: en la pantalla aparecía una casa de diez alturas y nueve ventanas casi iguales en cada uno de los pisos. Era una casa que conocía bien.

—¡Estoy obsesionado! —salté del sofá.

—¡Yo también la he visto! —añadió Andrés, que había adivinado mi pensamiento; no era tan difícil.

La imagen debía de ser el cierre de una información que no pudimos escuchar e inmediatamente pasaron a los deportes.

Me lancé hacia el mando a distancia y empecé a cambiar de canal compulsivamente, pero en todos habían acabado ya las noticias, así que volvimos a la 1, en la que



aún proseguían los deportes. Nosotros, sin embargo, estábamos en otra parte.

—Era la casa de Petunia —comenté—. No sé qué pinta en el telediario.

—Ni idea, pero seguro que no le han dado un premio de arquitectura.

Una vez que acabaron los deportes, el presentador repitió los titulares de las noticias más importantes, y se extendió con uno de los sucesos: «Les ampliamos la información de última hora. Un trágico suceso se ha producido en el corazón de Barcelona. Una joven, aún sin identificar, ha sido encontrada muerta en la habitación del quinto piso de una casa cerrada. La vecina de al lado telefoneó a los bomberos al llegarle un intenso olor a podredumbre. El cadáver de la joven se encontraba en avanzado estado de descomposición. Se cree que llevaba muerta varios días. La policía ha empezado a investigar lo que parece un horrible crimen y no ha querido dar más pistas de la joven...».

En esos momentos apareció en la pantalla una foto en blanco y negro de una chica.

«...El cadáver fue hallado con una cámara de fotos muy antigua entre las manos y a sus pies había una maceta de flores blancas que podría ser el arma del crimen.»

—¡¡¡Petuniaaaaa!!!